

APUNTES PARA ELABORAR UNA ESPIRITUALIDAD DEL LAICADO

Antonio Pérez-Esclarín

Debo confesar que, cuando me llamaron a Maracaibo para solicitarme una breve comunicación sobre la espiritualidad del laico, pensé que me estaban jugando una broma o que se habían equivocado de persona. Ciertamente, mis reflexiones más recientes no habían girado precisamente en torno a la espiritualidad, ni yo mismo me percibía como una persona espiritual. No era yo el indicado para proponer doctrina alguna a nadie, cuando más bien tenía que aclararme previamente las ideas y responderme con sinceridad si eso de la espiritualidad tenía alguna resonancia concreta en mi vida, en el modo en que yo me esforzaba por vivir mi fe cristiana. Por otra parte, e ignorando por completo que el 98 había sido decretado Año del Espíritu Santo, yo me había propuesto que fuera un año de crecer hacia adentro, de profundizar en mi interioridad, de mucha reflexión e incluso de frecuente oración (algo que estaba descubriendo como una gozosa necesidad), un año -me decía y me atrevía a decir a los amigos más cercanos- de espiritualidad. De ahí que tras mi primera y obvia negativa y tras poner en claro que, más que maestro, me considero un alumno primerizo y de pasos vacilantes, acepté el reto de asumir estas páginas como un ejercicio que me ayudara a ordenar mis ideas y a sustentar algunas de mis creencias y vivencias fundamentales. Lo que sigue va a ser tan sólo una especie de reflexión en voz alta, unos simples apuntes apresurados y asistemáticos, dirigidos no tanto a ustedes como a mí mismo, que necesitan no sólo una más acuciosa y permanente reelaboración, sino sobre todo, una asimilación y encarnación en mi vida. Casi me atrevería a decir que lo que voy a hacer ante ustedes es una especie de penoso strip-tease de un alma tan arrugada y flaca, que más que un acto de exhibicionismo va a aparecer como un acto de osadía y humillación.

Entiendo que la espiritualidad tiene que ver con la manera de ser cristiano hoy en Venezuela, en tiempos de globalización y también de brutal exclusión, donde el individualismo más feroz y la codicia se presentan como virtudes fundamentales, y donde el seguir proponiendo la solidaridad, el servicio, la justicia, el amor eficaz, la opción por los perdedores... , aparece cuando menos como algo anacrónico, demodé, completamente superado. Si la espiritualidad consiste en seguir a Jesús y es un caminar según el espíritu, no podemos dejar de contextualizar ese seguimiento, ese caminar, en un mundo de absoluto relativismo cultural e histórico, donde se impone cada vez con más fuerza la ética del todo vale, la tolerancia superficial entendida como ausencia de compromiso y orientación, la competencia salvaje, el individualismo egocéntrico junto al conformismo social, el reinado de las apariencias, de las modas, del tener sobre el ser, la exaltación de lo efímero y cambiante, la obsesión por el consumo, consecuencias lógicas de una forma de concebir las relaciones económicas, que condicionan la vida de los seres humanos, reguladas exclusivamente por las leyes del mercado. “La historia se acabó”, pontificó el nipón estadounidense Francis Fukuyama, como expresión descarnada de esa cultura que se presenta con pretensiones hegemónicas, y busca convencernos de que este es el mejor de los mundos posibles y por ello no tiene sentido intentar cambiarlo pues “fuera del mercado no hay salvación”. El mundo se ha convertido en un supermercado que nos ofrece saciar todos los caprichos. Por eso, abunda también la religión a la carta, de acuerdo al consumidor. En el bazar de las creencias, todo vale por igual: horóscopos, tarot, astrología, sectas, gurús, pentecostalismo, libros de autoayuda. Tenemos así la proliferación de una religiosidad hecha a nuestra medida, muy cómoda, sin exigencias ni prójimo, con el único “Dios mercado”, que nos ofrece una felicidad reducida a los meros niveles del consumo y rebaja los sueños a conseguir objetos de marca que nos distinguan y nos siembren la ilusión de que somos superiores y mejores. La esperanza anda desrumbada y agónica. Nieva mucho y fuerte en los corazones que buscan calor llenándose de cosas.

1.- SEGUIR A JESUS

Para el cristiano, Jesús no sólo nos reveló a Dios como Padre, sino que nos reveló lo que significa ser hombre. Cuando nos invita a seguirle, nos está proponiendo el camino hacia la plenitud, a la auténtica realización como personas. Jesús es la respuesta a todas las preguntas esenciales de la existencia humana. Es camino para ir al Padre, para reconocer al otro como hermano y para, al vivir las exigencias de la filiación común, fundamento de la

fraternidad, encontrar la plenitud. El Padre común nos convoca a vivir la solidaridad efectiva, que haga posible la fraternidad. De ahí que frente a todo intento de dualismo que ha entendido la espiritualidad como oposición a carnalidad o como huida del mundo, vivir espiritualmente o según el Espíritu debe significar la manera en que los seres humanos se trascienden a sí mismos hasta alcanzar las posibilidades últimas de la existencia. Como tal, la espiritualidad implica a la vez el conocimiento del significado más profundo de la existencia humana y el compromiso de hacerlo realidad. Si realmente creemos que Dios es Amor y que todos somos amados incondicionalmente por El, debemos convencernos de que nacimos para la felicidad. Dios quiere para todos nosotros vida, vida en abundancia. Como Padre infinitamente bueno quiere que todos vivamos felices. Todos decimos que queremos ser felices, pero no buscamos la felicidad. La confundimos con su mero reflejo y la buscamos en las cosas materiales. Creemos que la felicidad consiste en conseguir el objeto de nuestro apego y no queremos entender que la felicidad está precisamente en la ausencia de los apegos, y en que ninguna persona ni cosa tenga poder sobre nosotros. Como ha escrito magistralmente Frei Betto, “todo ser humano es un peregrino de lo Absoluto. Exceptuando a Dios, nada nos sacia. Y como Dios habita en la profundidad del Amor, tanteamos en busca de ilusorios consuelos, incurriendo en la ambición que nos hace confundir las cosas”.

Ahora bien, si realmente creemos que Dios es Amor, creemos que todos somos incondicionalmente amados por El y creemos que estamos llamados a amar a Dios, a amarnos nosotros y amar a los demás, debemos transformar el amor en servicio. El amor es esencialmente acción. Es la fuerza dinámica del servicio práctico. El que ama de verdad no sólo está dispuesto a darlo todo, sino que está dispuesto a darse. Amar al prójimo como a mí mismo me exige querer para él la misma educación, vivienda, modo de vida que quiero para mí y para los míos y comprometer mi vida en hacer eso posible. En definitiva, el amor es un principio de acción, una entrega comprometida a cambiar y combatir todo lo que impide la vida humana de los demás, especialmente de los hermanos más débiles y pequeños, los pobres, los excluidos, los despreciados, los ancianos y desvalidos, los indígenas, los sin techo y sin escuela, todos aquellos con los que Jesús se identificó: “Lo que hicieron a uno de esos hermanos más pequeños, me lo hicieron a mí”. Seguir a Jesús implica, por consiguiente, un compromiso con el pobre, con el excluido, con todos aquellos a los que se les niega la vida, en los que Dios se oculta y al mismo tiempo se revela. El amor se transforma en servicio, como expresión de la genuina

libertad cristiana y como camino para vivir la plenitud humana y alcanzar la felicidad.

Dicho con los versos de R. Tagore:

Yo dormía y soñaba que la vida era alegría.

Desperté y vi que la vida era servicio.

Serví y vi que el servicio era la alegría.

- El seguimiento supone un encuentro previo con Jesús y una conversión

Para seguir a alguien, es preciso haberse encontrado primero con él. El encuentro con Jesús, un encuentro buscado por El, es el fundamento de toda espiritualidad cristiana. "No me han elegido ustedes a mí, sino que yo los he elegido y los he puesto para que vengan y den fruto". El ser sujeto de la predilección de Dios, sujeto de su elección, el captar la gratuidad de su amor especial, a mí me llena de agradecimiento, de alegría y de estímulo para tratar de vivir las exigencias de esa predilección especial. Por mucho que uno dé, nunca podrá devolver ni siquiera una mínima parte de lo mucho que hemos recibido. Porque se nos ha dado mucho, debemos mucho a los demás pues Dios nos eligió para hacerse presente por nuestro medio en ellos. Todos somos hijos de Dios pero somos pocos los que lo sabemos y lo experimentamos, y por eso tenemos el deber de enseñarlo con nuestra vida a los demás. A mí el percibirme tan privilegiado, tan lleno de dones y regalos, el pensar que fui bendecido con unos padres maravillosos, que me sembraron la fe y la alimentaron con el ejemplo de sus vidas; el reconocer las múltiples posibilidades de formación y la gracia extraordinaria de poder cultivar y expresar el amor y la fe en una familia y unos amigos maravillosos; el poder seguir trabajando en educación, aquí en Venezuela, al lado del pueblo sencillo; el constatar día a día los mil detalles y manifestaciones del amor especial de Dios, me llena de agradecida humildad. ¡Cómo voy a vanagloriarme de lo que he recibido sin mérito alguno de mi parte! ¡Cómo voy a considerarme superior a nadie si yo pude ser uno de los que la gente teme y desprecia! Yo pude haber nacido de un padre borracho en un rancho miserable y hoy sería tal vez ese huelepega que me pide plata y mi primera reacción es despreciar, o podría ser ese malandro que temo que me asalte, o ese alumno incapaz de escribir dos líneas con sentido o ese encumbrado señor tan pobre, tan pobre, pero tan pobre que sólo tiene dinero. De ahí que, porque día a día percibo lo muchísimo que se me ha dado y se me sigue dando, debo esforzarme por devolverlo a los demás.

El encuentro con Jesús, el ser encontrado y elegido por El, la invitación a seguirle, implica caminar a su lado, no tanto hablar o reflexionar sobre el camino. Creer en el Dios de Jesús implica aceptar la invitación a seguirle. Una profesión de fe sin seguimiento sirve de muy poco. Este seguimiento exige una conversión, una ruptura con el modo en que el mundo entiende la vida, la felicidad, la plenitud; implica aceptar la locura de que el único modo de ganar la vida es perderla, locura de incluir en el corazón y en el proyecto de vida a los excluidos que son los predilectos de Dios. El seguimiento a Jesús o caminar según el espíritu, la espiritualidad, no puede ser entendida como una especie de arrobamiento o embeleso, que nos aísla del mundo y de los demás, sino que debe expresarse en frutos de vida (amor, paz, justicia, solidaridad...), y en oposición al pecado, es decir, a toda actitud y conducta que niega e impide la vida (egoísmo, desprecio, explotación, codicia, idolatría...), en especial al pecado mortal que consiste precisamente en aquellas acciones que causan la muerte de los demás o los condenan a formas de vida inhumanas. Renunciar a la carne y vivir según el espíritu es estar siempre disponible para Dios y para los demás. Ofender a Dios es negar al hermano.

La conversión no se hace de una vez por todas, sino que implica un esfuerzo permanente por ser fieles al espíritu de Jesús, por seguir caminando a su lado en el servicio a los demás, sobre todo a los más pobres y necesitados. Esto implica aceptar las propias debilidades como propuesta de superación continua, sabiendo que Dios conoce nuestras flaquezas y traiciones y las perdona antes y más profundamente de lo que lo hacemos nosotros mismos. Dios parece hablar el lenguaje de los waraos que, para decir perdón, dicen olvido.

Por constatar lo difícil de un caminar contracorriente, tachado como locura o absurdo por el mundo, y constatar la fragilidad de una conversión siempre amenazada por los halagos de una cultura que cuelga sus baratijas en nuestras flaquezas, necesitamos hoy mucho de la oración. La oración no puede ser sustituto del caminar, del seguimiento, pero no es posible seguir adecuadamente a Jesús sin oración. Una oración que transforme la vida, que dé fruto, que se traduzca en disposición a cambiar, en fuerza para seguir, en cercanía a los demás. Necesitamos orar mucho para ser fuertes, para comprometernos verdaderamente en vez de hablar tanto y tan bonito del compromiso. Una oración que no mueva al servicio, que no se traduzca en cercanía con el prójimo, es una oración estéril. En vez de ser una súplica humilde y confiada o un diálogo con el Dios de Jesús para conocer sus pasos y tener la fuerza de seguirlos, es un monólogo narcisista con uno mismo.

Si hoy sólo se puede ser cristiano en el servicio eficaz a los más pobres y aceptamos que vivimos en un mundo donde impera la muerte pues niega la vida, o una vida digna a las mayorías, seguir fielmente a Jesús pasa necesariamente por aceptar también su cruz. El rechazo de la pobreza desde la solidaridad con los pobres, el optar por los cristos rotos de Latinoamérica, el entender la fe como un compromiso de ayudar a bajar de la cruz al pueblo crucificado, implica estar dispuesto a correr la propia suerte de ese pueblo. Son tiempos de cautiverio y cruz, de caminar en el desierto aferrándose a una fe que con frecuencia no trae ni luz ni consuelo.

El camino de la cruz, bautizó precisamente una obra que concluí en estos días, donde trataba de novelar las vivencias y la expresión de su fe de una comunidad cristiana en un barrio de Maracaibo, en los días de turbulencias, inseguridades, violencia desatada e imperio de la muerte que siguieron a un supuesto golpe de estado que, en la novela, resultó exitoso. El personaje principal es Rosario, una maestra que trata de vivir su fe en el servicio educativo a los niños más desamparados, a quien le desaparecen el marido y vive el infierno de no saber nada de él.

“El desierto es una inexplicable experiencia de Dios -trata de ayudarla la Hermana Mercedes, su Directora-. Pero Dios no nos convoca a vivir en el desierto, sino a cruzarlo, para así llegar a la Tierra Prometida”. Allí, en lo más profundo de la soledad y de la noche, en ese silencio insoportable que es la única respuesta a tus súplicas desgarradas, está Dios. Son, Rosario, tiempos de oración y de cautiverio, de agarrarse con desesperación a una fe árida y descarnada, que no trae ni consuelos ni respuestas. Aunque creas estar sola, Dios camina a tu lado en esa penosa travesía del desierto. El es tu guía, aunque lo experimentes como ausencia. Después del desierto y de la noche, te deleitará con el don de su alegría y de su amor.

Pero las noches parecían no tener fin y se sucedían unas a otras cada vez más oscuras y espantosas. En una de ellas tuvo una horrible pesadilla. Estaba sola, en un monte pelado y lleno de viento, frente a un crucificado al que no le podía ver la cara. El hombre estaba muy desfigurado y sangraba copiosamente por todo el cuerpo. Trataba de decirle algo, pero la asfixia no se lo permitía. De pronto, se irguió sobre los clavos, agarró un trozo de aire y gritó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Ella se puso a limpiarle el cuerpo con un trapo y entonces logró entender que el crucificado se quejaba de sed. Pero,

¿de dónde iba ella a sacar agua en ese peladero de huesos y de polvo? Y aunque consiguiera agua, ¿cómo haría para alcanzarle los labios? Fue entonces cuando vio esa escalera que habían dejado abandonada. Consiguió alzarla y apoyarla en el madero. Trataría de llegar hasta los labios del crucificado y se los humedecería con sus besos y sus lágrimas. Cuando por fin logró treparse y pudo mirar su rostro, vio con terror que era ella la que estaba colgada del madero. Despertó aterrada, sudando frío, con el corazón a punto de estallar.

Al rato, comenzó a manarle una dulzura muy especial que ella supo sin la menor duda que era el propio Dios. Desde esa noche, ya no temió nunca a los recuerdos. Más bien los necesitaba para alimentar en ellos su entrega a los demás. El dolor seguía entero en su corazón, pero se había convertido en una especie de fuente de vida que le llevaba a volcarse en servicio solidario. Y comprendió que, en adelante, su vida estaba destinada por completo a combatir el imperio de la muerte que se había llevado a Ricardo y a tantos otros inocentes. Escoger la vida era optar por el camino del amor, de la paz y de la justicia, combatiendo sin descanso toda manifestación de egoísmo, desprecio, codicia o violencia que eran los heraldos de la muerte. Ricardo había salvado la vida porque la había perdido o, mejor, porque se la habían arrebatado. Ella caminaría siempre junto a él, poniendo los pies en la huella tibia de sus pasos".

Para los cristianos, la cruz no es la última palabra. Es paso, pascua, a la vida. El Padre resucitó a Jesús y quedaron derrotados la muerte y sus heraldos. Por eso, el cristiano vive su espiritualidad como esperanza, y frente a las anti-utopías del presente que niegan el futuro, afirma con pasión el Reino y entrega su vida a hacerlo presente.

El año pasado le oí contar a Eduardo Galeano la historia del arpista Figueredo. No había fiesta en el llano ni baile de joropo sin el arpa mágica del maestro Figueredo. Sus dedos acariciaban las cuerdas y se prendía la alegría y brotaba incontenible el ancho río de su música prodigiosa. Se la pasaba de pueblo en pueblo, anunciando y posibilitando la fiesta. El, sus mulas y su arpa, por los infinitos caminos del llano. Una noche, tenía que cruzar un morichal espeso y allí lo esperaron los bandidos. Lo saltaron, lo golpearon salvajemente hasta dejarlo por muerto y se llevaron las mulas y el arpa. A la mañana siguiente, pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y logró balbucear con sus labios entumecidos e hinchados: "Me robaron las mulas". Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, consiguió empujar hacia sus labios destrozados una nueva queja: "Me robaron el arpa". Al rato,

y cuando parecía que ya no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que, inexplicablemente brotaba de ese rostro desollado. Y en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: “¡Pero no me robaron la música!”.

Si realmente creemos en Dios, podrán quitarnos todo menos la ilusión, la esperanza, los sueños, la utopía. Hoy más que nunca, y precisamente porque miles de millones de personas en el mundo son sacados o “excluidos” de la posibilidad de una vida digna, las utopías, como dice Frei Betto, “no sólo tienen futuro, sino que se tornan necesarias y urgentes. Pero no se encontrarán en ningún estante de supermercado. Surgirán en la medida en que los empobrecidos se vuelvan artífices de cambios hacia un futuro mejor... No hay pues fin de la historia cuando se descubre la propia historia personal como parte de un proceso colectivo, y cuando se adquiere conciencia de los derechos humanos, civiles, sociales y religiosos”.

En algún sitio leí la queja de aquel cura que decía que muchos se confesaban de haber tenido malos sueños, pero nadie se confesaba del pecado mucho más grave de no soñar. Los cristianos no podemos renunciar al derecho de soñar, que es el más importante de todos y que es exigencia de nuestra fe. Sería terrible si no pudiéramos imaginar un mundo diferente, soñar con él como proyecto y entregarnos a su construcción con alegría y esperanza. Opongamos nuestra capacidad de soñar un mundo mejor, la posible hermandad, el Reino como anuncio y como promesa, al antisueño de los pragmáticos. Recordemos a Facundo Cabral: “Si dejamos morir nuestros sueños seremos pobres, si los cuidamos y ponemos en práctica, seremos ricos”.

2.- SEGUIR A JESUS COMO LAICO

El seguir a Jesús, el caminar según el Espíritu, el llamado a la perfección y a la santidad, son propias de todo cristiano, religioso o laico. A mi pobre entender, lo que he escrito hasta ahora quiere ser como algunos rasgos fundamentales de la espiritualidad cristiana, históricamente demasiado ligada a la vida clerical, hasta el punto que con frecuencia se identifica con ella. Hablar de espiritualidad nos suena a todos como asunto de curas y de monjas. Posiblemente cuando yo sonreí extrañado y escéptico ante la petición que me hicieron de escribir estas páginas y que les conté al comienzo, estaba también expresando esta mentalidad generalizada. De ahí la urgencia de que los laicos construyamos nuestra propia identidad espiritual, sin copiarla de la de los clérigos y religiosos, pues tenemos que negarnos a ser como especie de

sacristanes o clérigos devaluados, meros auxiliares en las tareas que ellos deciden, siempre mariposeando en torno a las iglesias y conventos. También me preocupa la idealización que hacen algunos religiosos de ciertos laicos, por lo general personas solteras o sin compromisos familiares, por ello casi siempre disponibles, con los que establecen lazos muy estrechos de amistad individual y que llevan a considerarlos como modelos del laico comprometido, lo que les imposibilita para asumir una actitud crítica de la expresión concreta de su espiritualidad en el compromiso cotidiano. Con frecuencia, esas personas tan idealizadas por algunos clérigos, no son precisamente percibidas como modelos de expresión de vida cristiana por los que viven a su alrededor. Se me ocurre, y perdonen la osadía de la comparación, que algo semejante les debe pasar a los que tienen amantes, que siempre los reciben arregladas y dispuestas, por ello en condiciones irreales, que lleva a idealizarlas porque no logran conocerlas en los nimios detalles, arrugas y problemas de la cotidianidad convivida.

Dicho esto que hace tiempo quería decir, pienso que los laicos debemos vivir nuestra espiritualidad en las dimensiones concretas de la vida familiar, el trabajo y la política.

- Dos en una carne

Frente al erotismo sin alma, la exaltación del placer sexual, la glorificación del cuerpo joven y hermoso, la mercantilización de la sexualidad, la reducción del amor a la mera genitalidad y a una especie de gimnasia corporal, es urgente que los laicos desarrollemos una verdadera espiritualidad de la vida familiar, del vivir dos en una carne. Esto va a suponer la superación de una historia que redujo lo erótico al deseo sexual y acabó por presentarlo como fuente de pecado y amenaza de la espiritualidad. Ello implica reivindicar el cuerpo como fuente de placer, de creatividad, de fecundidad y de vinculación comunitaria. Espiritualidad, por ello, capaz de unir eros y ágape, que vive intensamente, como don y como regalo recibido, una sexualidad que es encuentro gozoso de los cuerpos y diálogo fecundo de los corazones. Esto supone un abrirse permanente a la ternura, al descubrimiento del otro, al cuidado del propio cuerpo para poder ser una ofrenda más agradable al compañero, el construir la vida sobre los pequeños detalles de la cotidianidad, el estar atento a los deseos y comprender los cansancios, la lucha permanente contra la rutina, el agradecimiento de una vida que se renueva en una entrega y un placer tan intensos que nos asoman al misterio de la promesa de la felicidad en el amor insondable de Dios, la aventura diaria de reconstruir el amor. El amor

matrimonial debe ser juego y fuego, detalle y pasión. Hogar tiene las mismas raíces que hoguera, y el fuego, si no se alimenta continuamente, muere, se apaga, se convierte en cenizas. El amor es como el agua: sólo cuando está en movimiento, canta y da vida. Si la detenemos, se pudre y mueren sus canciones.

Permítanme que les lea algunos párrafos de la novela no publicada que antes les mencioné y que tienen que ver con el modo de asumir y vivir el amor y la sexualidad de Rosario, la protagonista, que de algún modo tratan de presentar y agradecer la insondable capacidad de amor de la mujer: “Los labios de Ricardo la fueron guiando a la vida, la asomaron a un paisaje de montañas, océanos y estrellas. Luego, esos mismos labios le abrieron las flores de su carne, le mostraron todas las infinitas posibilidades del gozo que se escondían en su cuerpo. Bastaba una sola palabra, un roce de su piel, un simple gesto, para que se le alocara la sangre y le brotara incontenible el deseo. Desde aquel día en que los labios de Ricardo le sembraron un arcoiris de mariposas y de pájaros, no había existido ningún otro hombre para ella. Ni siquiera los veía, y no podía entender cómo algunas compañeras, incluso casadas, se la pasaban hablando de lo bueno que estaba aquel tipo, de la necesidad de experimentar nuevas aventuras con otros. Para ella, Ricardo lo era todo. A quince años de casados, todavía se sonrojaba cuando él la piropeaba, y cada beso, cada caricia, cada acto de amor eran siempre distintos, nuevos, irrepetibles. Por todo esto, la fidelidad no era para ella un deber, o una obligación. Es que ni siquiera podía imaginar la posibilidad de vivir de otra manera... Por eso, no necesitaba coquetear con nadie y más bien se sentía ofendida cuando los hombres la piropeaban por la calle. Le encantaba sentirse bella, vestirse bonita, andar arreglada, pero para Ricardo. Había logrado tal compenetración con él que sólo le interesaba verse atractiva y apetecida en sus ojos. Y hasta tal punto esto era cierto que necesitaba salir con él a comprarse la ropa, los aros, las pulseras y los bolsos, porque ella no estaba segura de si le gustaba o no tal pantalón, blusa o vestido, o si le caía bien o mal aquel collar o aquellos aros, hasta que no se mirara en los ojos de Ricardo”.

Y cuando Minerva, una compañera de trabajo, que ha reducido su sexualidad a mera genitalidad y necesita saltar de hombre en hombre, siempre insatisfecha, incapaz de amar y de creer en el amor, trata de hurgar en la vida íntima de Rosario, esta le dice: “Nos amamos, Minerva, nos amamos profundamente. Por eso, no sólo se funden nuestros cuerpos, sino también nuestros corazones. Para Ricardo y para mí, el acto de amor es sólo una profundización, una culminación, de todo el amor que en las palabras, en los

silencios, en los gestos, en las sonrisas y en los cansancios, hemos ido acumulando... Hacemos el amor dejando que nuestros cuerpos se manifiesten libremente. Sin planificar ni estudiar nada, sin esclavizarnos a manuales ni a fórmulas, sin obligarnos a nada ni prohibirnos nada. Dejamos que se exprese cada centímetro de piel, cada cabello, cada gota de sangre. Y yo siento que hablan a la vez todas las caricias, las sonrisas, las miradas, los silencios”.

La familia son también los hijos, don de Dios y fruto del amor erotizado compartido. La espiritualidad familiar implica vivir tratando de ser un ejemplo, de modo que puedan asomarse a las dimensiones infinitas de Dios como Padre. Estoy convencido que la mejor herencia que uno puede dejar a los hijos es el recuerdo de unos padres unidos y felices. La paternidad supone amarlos con un amor que no coarte sino que estimule su libertad. Amar a los hijos supone no intentar repetir en ellos nuestras vidas, sino tratar de vivir con ellos y junto a ellos, la autenticidad de la propia vocación, para que ellos puedan encontrar su propio rumbo y sean capaces de recorrerlo con autenticidad y profundidad.

- Continuar la obra creadora de Dios

Junto a la familia, los laicos tenemos el deber de vivir y construir una espiritualidad del trabajo y de la política. A través del trabajo, continuamos los seres humanos la obra creadora de Dios que nos llamó a recrear el mundo, a humanizarlo, a hacer de él un hogar digno para todos, a cuidarlo y conservarlo y no destruirlo bajo la voracidad de una producción desalmada. En algún sitio leí que Dios descansó después de haber creado al hombre y a la mujer, es decir, podía descansar porque dejaba en sus manos la continuación de su obra creadora. El actual mundo que pudiendo satisfacer las necesidades básicas de todos, hunde a las mayorías en la miseria más atroz, es una dolorosa constatación de que los seres humanos no hemos utilizado apropiadamente, según el plan de Dios, el poder creador que puso en nuestras manos. De ahí la importancia de desarrollar junto a la espiritualidad del trabajo y también del ocio (mucho habría que decir de espiritualidad de la diversión y el disfrute), una auténtica espiritualidad de la política entendida como servicio al bien común, como medio de estructurar la sociedad de modo que se garanticen los derechos fundamentales de todos. No es posible vivir en la política el dualismo de una fe y una espiritualidad que no se traduzca en superación de las aberraciones del clientelismo, de la privatización de lo público, de la defensa exclusivamente de los míos, del pragmatismo descarnado que renuncia a la utopía y a la construcción real de una sociedad alternativa.

Como ya debo terminar, sólo me queda señalar que yo trato de vivir estas dos dimensiones (el trabajo y la política) de mi espiritualidad, es decir, de mi seguir a Jesús hoy en Venezuela, esforzándome por construir tanto teórica como prácticamente, al lado del pueblo y con un buen grupo de compañeros con los que comparto la fe, la esperanza y los problemas y los sueños, una propuesta de Educación Popular. Todas mis últimas reflexiones, trabajos y escritos, en concreto mi último libro más y mejor educación para todos, lo mismo que las propuestas y publicaciones del Centro de Formación P. Joaquín de Fe y Alegría, sólo quieren ser un pequeño aporte en la construcción de una práctica educativa que contribuya a formar genuinas personas y ciudadanos solidarios y responsables. Al mirar, desde la fe, la realidad con los ojos de los perdedores y no aceptar como anticristiana una propuesta de desarrollo que hunde en la miseria más atroz a las mayorías; al optar por una genuina democracia, sin excluidos ni perdedores, porque afirmamos y creemos en el valor absoluto de cada persona y su vocación de sujeto de una vida digna como auténtico Hijo de Dios, asumimos el compromiso cristiano en el campo educativo por considerar la educación como un medio extraordinario para el desarrollo integral de las personas y la gestación de una sociedad que haga posible la verdadera fraternidad.

Entendemos y asumimos la Educación Popular como una propuesta política, ética y pedagógica para transformar la sociedad, de modo que los excluidos se transformen en sujetos de poder y actores de su vida y del proyecto de sociedad y de nación. No se trata de trabajar meramente “sobre el pueblo”, y ni siquiera “para el pueblo”, sino “con y para el pueblo”, reafirmando y asumiendo sus valores y su vocación de sujetos y constructores de la historia.

La Educación Popular defiende la vocación histórica de cada hombre y de cada mujer como artífices de futuro, el valor humano y cristiano de la utopía, y rechaza y combate la imposición de esa especie de pensamiento negativo que renuncia a todo tipo de acción y reflexión que signifique pensar en transformaciones profundas en las sociedades. Esto ha traído consigo un reacomodo individual a las posibilidades que se dan a nivel personal, acompañado de una renuncia a toda posibilidad de construcción colectiva. Muchos sueños y esperanzas se han transformado en un conjunto de lógicas pragmáticas y de sobrevivencia inmediata. Frente a esto, la Educación Popular reivindica la capacidad humana de soñar que es posible un mundo mejor que va a permitir e impulsar que nos entreguemos a su construcción. Aceptar el sueño y la promesa de un mundo mejor y adherirse a él es aceptar participar en el proceso de su creación. Perder la capacidad de soñar y de sorprenderse

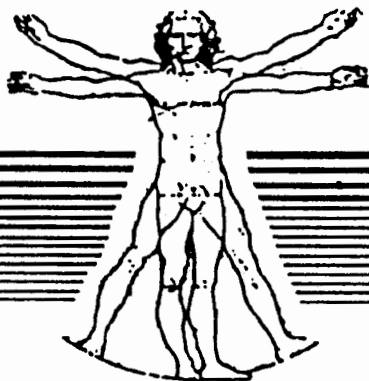
es perder el derecho a actuar como ciudadanos, como autores y actores de los cambios necesarios a nivel político, económico, social y cultural. Es renunciar a la vocación cristiana de cocreadores, junto al Padre, del mundo.

Todo esto, que se dice fácil, supone asumir una actitud de resistencia y de ir contra la corriente, de asumir la cruz como paso hacia la sociedad nueva. Supone que los educadores populares no repitamos el viejo error de asumir discursos incendiarios, como si el mundo fuera a derrumbarse bajo el peso de nuestras palabras y voluntarismo, sino que nos comprometamos a asumir y organizar nuestras vidas sobre valores como solidaridad, justicia, igualdad, servicio, participación, amor, perdón, gratuidad..., hoy tan pisoteados y olvidados, tan opuestos a los que fomenta la cultura en boga. Educadores que, porque nos esforzamos por encarnar en nuestras vidas dichos valores, nos comprometemos también a sembrarlos mediante procesos educativos en los que la participación, el respeto, la justicia, el servicio, la valoración, la democracia..., son vivencias permanentes. Esto supone, por supuesto, una deseducación, un desaprendizaje, una decisión de resistencia, no exenta de problemas y contradicciones, que parte de un desencanto, un desencanto con la propuesta de la actual sociedad, propuesta que se contrapone a los planes salvíficos de Dios. Ese desencanto y desencanto se transforman en fuerza y compromiso en la búsqueda de una Educación Popular de calidad, para que los excluidos y marginados tengan vida, calidad de vida, como lo quiere el Padre.

Concluyo repitiendo lo que dije al comienzo. Todo esto que sólo pretendió ser una apresurada reflexión en voz alta (su elaboración me llevó unas quince horas de trabajo seguido pues quise cumplir con las fechas que me habían dado: la espiritualidad del trabajo pasa por asumir, cueste lo que cueste, los compromisos libremente adquiridos), más que recoger mi propia espiritualidad quiere ser un intento por encarnarla en mi vida. Soy bien consciente de mis traiciones y debilidades, pero también estoy convencido de que Dios es mucho más fuerte que mi propia cobardía.

ANTHROPOS

VENEZUELA



Es una revista que estudia la realidad del
hombre desde el contexto de América Latina

*Instituto Superior Salesiano
de Filosofía y Educación*

Avenida El Liceo, Apartado 43
Los Teques 1201-A (VENEZUELA)
Telf.: 032 - 329812

Valor de la suscripción: Venezuela:

Bs 3.000

Extranjeros: Vía Aérea:

\$ 15

Correo Normal:

\$ 12